

I. Editorial

Resulta difícil pensar en el proceso de enseñanza-aprendizaje sin la presencia de la evaluación. En efecto, esta parte de nuestra actividad docente se convierte en imprescindible para el fortalecimiento de la estructura curricular y del proyecto formativo que la institución universitaria desarrolla.

Son múltiples las repercusiones de la evaluación sobre los actores educativos. Permite al profesor/a reajustar su práctica y mejorar la calidad de su docencia. Además, esta mediación incide fuertemente sobre la moral y la autoestima de los estudiantes y sobre su motivación hacia el aprendizaje. Sin embargo, siempre serán más visibles sus repercusiones académico-administrativas (si se aprueba o no; si se obtiene el título o no) o las económicas (el tener que volver a matricularse; el pagar nuevamente la inscripción).

A pesar de los grandes aportes de la evaluación al proceso formativo, son muchas y bastante diversas las posturas que adoptan los profesores frente a ella. Algunos renunciarían con gusto a esta tarea mientras que para otros resulta inconcebible la enseñanza universitaria sin evaluaciones.

Las percepciones del estudiantado universitario son tan variadas como las de sus profesores/as. Según investigaciones realizadas, muchos estudiantes opinan que sus profesores raramente emplean la evaluación para ayudarlos a superar las dificultades en el aprendizaje o para incorporar reajustes al proceso de enseñanza seguido hasta ese momento. Ellos también consideran que sus docentes no toman en consideración las condiciones en que se ha desarrollado

el proceso enseñanza-aprendizaje, ni los recursos disponibles, ni tampoco el esfuerzo realizado. De esta manera, los profesores centran sus valoraciones en los resultados objetivos de las pruebas, haciendo desaparecer a la persona y tomando en consideración sólo el producto.

Para Miguel Zabalza, es este el gran drama de la evaluación habitual: ha acabado independizándose del proceso formativo como una pieza aislada y autosuficiente de la estructura curricular. Así, la evaluación sólo repercute en el/la estudiante, pero aporta poco a la mejora de los procesos de enseñanza.

Es precisamente esta problemática la que nos motiva a abordar en este segundo número la temática de la evaluación de los aprendizajes. Contamos con la colaboración de destacados especialistas como Amarilis Pérez de Zapata y Leo Valeirón. La profesora Pérez de Zapata reflexiona sobre la importancia de la evaluación de los estudiantes para el logro de la calidad de la educación superior. Su ensayo pretende despertar nuestra conciencia sobre la importancia de esta mediación en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Resalta también las diferencias entre evaluar y medir y la necesidad de la evaluación para el seguimiento. Por su parte, Valeirón nos recuerda que las prácticas de evaluación suponen una concepción de las personas y de la manera cómo ellas aprenden. Este investigador considera que los docentes deben dominar bien los instrumentos de evaluación que utilizan al mismo tiempo de que debieran conocer y aplicar formas innovadoras de valorar los aprendizajes de sus estudiantes. Termina afirmando que no se debe evaluar



aquello que no ha sido trabajado en el aula, además de priorizar la retroalimentación como vía para que los estudiantes aprendan de sus errores.

En este número, los *ecos desde las facultades* resuenan en Medicina y Ciencias Básicas con las contribuciones de María José Fernández, Félix Contreras y Joel Zapata. Los dos primeros realizan un diagnóstico de las estrategias e instrumentos usados en el Departamento de Medicina. Para llevarlo a cabo, responden a las preguntas: ¿para qué evaluar?, ¿a quién evaluar?, ¿qué evaluar?, ¿cuándo evaluar?, ¿con qué evaluar? De su parte, Joel Zapata comparte sus experiencias como profesor de Matemática, aportando valiosas recomendaciones sobre el proceso de evaluación, en general, y sobre los exámenes, en particular.

Asimismo es interesante conocer el estudio sobre las estrategias y los instrumentos de evaluación usados por un grupo de docentes de la Universidad, realizado por Eduardo Baéz, director ejecutivo de este Cuaderno y profesor del Departamento de Humanidades. Sus resultados presentan un desafío que como profesionales reflexivos debemos asumir.

En esta segunda entrega, el Cuaderno rinde homenaje al trabajo tesonero y luminoso del profesor Ricardo Miniño; sus *pasos* se confunden con la historia formativa de esta Universidad; *su huella* trasciende el tiempo y su mera presencia. La entrevista que nos ha concedido nos adentra en sus vivencias y valores personales y académicos.

Para finalizar esta edición, Roberto Rodríguez resume el libro "Evaluar en la Universidad. Problemas y nuevos enfoques". El profesor Rodríguez nos descubre la estructura textual de este valioso material bibliográfico para guiarnos a través de las ideas-fuerza que lo sustentan.

Cabe destacar que en cada uno de los artículos de este Cuaderno se visualiza la evaluación como elemento clave para el mejoramiento de los procesos de enseñanza e indispensable a la hora de incidir significativamente en la calidad de los aprendizajes. En este sentido, insisten en que la evaluación debe atravesar todo el proceso educativo y sus resultados deben servir de insumos para el mejoramiento de la docencia. Por eso, claman por una revisión constante de las prácticas de evaluación en la institución universitaria y nos ponen de relieve una cuestión vital: "La evaluación debiera apoyar el aprendizaje, no socavarlo".

Esperamos que esta perspectiva de reflexión sobre la evaluación permita la discusión abierta con la participación de todos: editores, autores y lectores.

